

Sociología e Historiografía en el Análisis del Cambio Social Reciente

Julio Aróstegui

Universidad Complutense de Madrid

Al estudiar los problemas del tiempo se aprenden algunas cosas sobre la humanidad y sobre uno mismo; cosas que antes no se comprendían: cuestiones de sociología y ciencias humanas en general, que el estado actual de los instrumentos teóricos no permitía plantear, se hacen accesibles.

Norbert Elias: *Sobre el tiempo*

La cuestión que se formula en este texto no es nueva en su fondo, aunque puede serlo algo más en cuanto a la proposición instrumental que la acompaña. El asunto abordado presenta, por lo demás, una doble implicación. De una parte, se trataría de discutir la manera en que la Historiografía¹ puede y, en consecuencia, debe, acceder al análisis global de lo que aquí llamamos «realidad social reciente» o bien a un aspecto específico de ella, el del cambio social reciente. En otro orden de cuestiones, después, se trataría también de analizar el papel que una renovada convergencia de Sociología e Historiografía puede desempeñar en aquella misma empresa. Parece prudente advertir desde

¹ Conviene advertir que el empleo de la palabra Historiografía que aquí se hace es, por lo menos, unívoco. Para nosotros, esa palabra designa estrictamente la operación de investigar la Historia y hacer de tal investigación y del conocimiento que aporta un discurso del tipo normalizado que hacen las ciencias sociales. Como actividad intelectual sería análoga a la que pueden realizar Sociología, Antropología y demás. Nos parece desacertado el uso impuesto de esa palabra para designar la reflexión teórica o metodológica de la Historia. Uso derivado de malas traducciones de su empleo francés.

ahora que las reflexiones que siguen no pretenden, desde luego, constituir un "tratado" sobre la materia, debiendo tenerse contrariamente, según las estima su autor, por no mucho más que una primera aproximación.

En el estudio *modo histórico* de los fenómenos sociales, el establecer discriminaciones entre ellos en razón de los límites de una cierta perspectiva temporal que se predica necesaria, o, a veces, imprescindible, para la tarea de historiar "lo reciente" o -cosa que constriñe aún más tales supuestos límites- "lo que está en curso", es una falsa posición de método. La idea de una contraposición en el terreno de las realidades sociales entre "Historia" y "Presente" es falsa, a mi juicio, en función de diversos referentes.

No hay ningún lapso de cualquier desenvolvimiento social definible que en virtud de su posición temporal, en una secuencia cronológica, pueda considerarse externo y menos aún vedado a lo histórico, a lo historiográfico. Sin embargo, es sabido que en los convencionalismos del lenguaje común y en casi todos los ámbitos de la Historiografía académica se acostumbra a establecer una nítida delimitación entre lo pasado como materia histórica y lo presente como proceso en fluencia no abordable historiográficamente.

En lo que a la Historiografía convencional concierne estamos ante una autolimitación tanto menos justificable cuanto más dudosa resulta la distinción pasado-presente. Se encierran aquí dos problemas relacionados: uno de conceptualización y otro de método. Se yugula de manera voluntaria una parte del campo de la Historia, desde posiciones de principio que rechazan reales potencialidades de la caracterización de lo histórico, lo que a su vez procede, en lo que presumo, de ciertas limitaciones tradicionalmente aceptadas que tienen mucho que ver con la formación científica real de que se dota al historiador.

La Historiografía convencional, pues, se muestra muy renuente a someter a análisis *histórico* los fenómenos sociales de cronología cercana y rechaza habitualmente, con mayor énfasis, toda posibilidad de una consideración histórica del presente. Parece innecesario traer en ejemplificación de estos asertos los más frecuentes tópicos sobre la conveniencia de dejar "a los periodistas" el relato de la Historia cercana y en ese mismo orden de cosas, y con más énfasis aún, el de la Historia fluente, si se nos permite emplear esa expresión. Y, sin embargo, no faltan ciertas posiciones historiográficas que han hablado ya de una «Historia del presente», como veremos.

En una profunda consideración de estas que nos parecen palmarias insuficiencias en la conceptualización de lo histórico, resulta ser la descrita la más paradójica por cuanto no faltan en la reflexión metodológica historiográfica posiciones explícitas en el sentido generalizador que propugnamos, provenientes de medios a los que nunca faltó autoridad. Nos referimos, en concreto, a toda la tradición de los *Annales*. Es conocida la vieja definición, cara a los

fundadores de la escuela, de la Historiografía como «ciencia de los hombres en el tiempo». Nunca «de los hombres en el pasado»; y aun esto habría de resultarnos hoy claramente insuficiente².

La relación hombre/tiempo, por más peregrino que ello pueda resultar, aparece hoy todavía como una cuestión escasamente teorizada, objeto incluso de pocas reflexiones circunstanciales desde el campo de la Historiografía. En ello tendremos ocasión de insistir con posterioridad, aunque pueda señalarse ahora que no parecen apuntar los tiempos hacia reconsideraciones de problemas de esta índole.

Sin embargo, la cuestión central no me parece que ofrezca dudas en sus términos. Si la Historia es una realidad relacionada esencial y necesariamente con un problema, el del tiempo, es porque en tal problema se incardina la sustantividad misma de lo histórico, o sea, el *cambio*. Los historiadores, conviene repetirlo, suelen reflexionar escasamente sobre todo este orden de fundamentos. Y, sin embargo, parece plausible la sospecha de que merece la pena hurgar en fundamentos de esta especie barruntando que en ellos pueden encontrarse ciertos apoyos para la renovación, necesaria e ineludible, de algunas de las más centrales prácticas de la Historiografía como modo de discernimiento de las realidades sociales.

En definitiva, y este es el punto de partida, la Historia no se refiere sólo a la realidad social en una cierta parcela del tiempo. De modo más rotundo: la Historia no es meramente el tiempo pasado de las cosas humanas, sino que es *el cambio de las cosas humanas*. Es evidente que este modo de ver la cuestión puede ser objeto fácil de controversia. Puede acusársele tanto de historicismo, como, de manera más tópica, de presentismo al estilo de Croce o Collingwood. En modo alguno me inquieta tal perspectiva polémica que con esas bases me parecería, por lo demás, infundada. Decir que la Historia es tiempo y es cambio, que es *todo* el tiempo y *todo* el cambio, me parecen asertos argumentables de los que se desprenden corolarios operativos. Corolarios operativos para la práctica historiográfica, quiero decir.

Ocurre, además, que las ciencias sociales en su conjunto no pueden operar, precisamente, fuera de ese tiempo y ese cambio, o sea fuera de lo histórico, so pena de no poder explicar nada. Y por ahí apuntan esos corolarios de los que hablamos. Corolarios, como digo, de aplicación historiográfica, en principio, pero no sólo de ella. El alcance y función de lo histórico en toda la teoría de las ciencias sociales es problema viejo, como se sabe.

² Sin duda, los planteamientos más claros, reiterativos y, también, bellos de aquella manera auroral de entender una nueva Historiografía entre los años treinta y los cincuenta, los expuso L. FEBVRE, en sus *Combats pour l'Histoire*, recopilados por vez primera en 1953. Pero no le van a la zaga en esas cualidades y son cronológicamente anteriores, los de M. BLOCH en la conocida en su versión castellana como *Introducción a la Historia*, México, 1952, especialmente pp. 21 y ss.

Tal vez el más importante de esos corolarios se fundamenta en lo que sigue: mientras que la Historiografía más comúnmente practicada hoy, al menos la que se destina a los espacios de lectura ocupados por el gran público, se ha instalado en el narrativismo directo, ha abandonado, de momento al menos, la mayor parte de las prácticas y convencimientos que nos trajeron la Historiografía *annalista* y la *marxista* en la década de los setenta, se ha apartado del análisis de las generalidades y de las "estructuras" y no digamos de cualquier prurito de husmear el presente históricamente, otra ciencia social, la Sociología, cuya relación con lo histórico se ha debatido siempre, parece erigirse como único ámbito en el que es pertinente esa exploración de la generalidad y la estructura sociales.

Y ello es observable en lo que se refiere al menos al ámbito de la "Sociología Histórica", aunque no sólo a ella. La Sociología, no es preciso insistir en ello, aun navegando entre una masa de problemas irresueltos, se ha dotado, cierto que trabajosa y polémicamente, no sólo de un aparato técnico de mucho mayor rigor, sino de ciertas metodologías "canónicas" y estables. Ahora bien, la real indigencia metodológica que en mi opinión afecta a la Historiografía proviene mucho más de ciertas coriáceas tradiciones en la definición de los principios de la "disciplina" y en las destrezas técnicas de que se dota a sus practicantes desde el siglo XIX hasta hoy³, que de la existencia real de condiciones determinantes en el campo de observación o en el método preciso para observarlo.

Es este un debate metodológico que no resulta grato, lo sabemos muy bien, al pensamiento historiográfico académico, lo que de suyo tal vez incitaría más a reabrirlo. La falta de disposición para entrar en tal debate habla ya suficientemente de los problemas de conformación de una seria disciplina historiográfica. Pero, no se tema, nuestra intención no es reabrirlo ahora, si bien no renunciamos a hacerlo en otra parte y momento. Así, lo que parece interesante es retomar esta cuestión medular pero para reorientarla hacia propuestas operativas concretas.

Se trataría, en suma, de reconsiderar de alguna forma la idea misma del contenido y las fronteras de lo que deba entenderse por análisis histórico de la realidad social presente. Y en función de ello de fijar un cuadro en el que pudieran encajar nuevos campos de investigación historiográfica. Es apropiado retomar una vieja idea de la escuela de *Annales*: la de que la *historicidad* es una categoría universal, de todo lo que existe, y en manera alguna una adjetivación

3 Una muestra muy aleccionadora de esta antigua diferencia en los instrumentos analíticos respectivos de los que han dispuesto sociólogos e historiadores se presenta en el curso de un debate en el que participaban, entre otros, Durkheim y Seignobos, en 1908, acerca de "La explicación en Historia y en Sociología". Publicado en castellano en E. DURKHEIM: *Las reglas del método sociológico y otros escritos...*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

de las cosas que las coloca en una escala temporal, cronológica, en la que "el pasado" sería la ubicación de lo histórico por definición.

La *Historia del presente*, el análisis historiográfico de los cambios sociales en curso, puede ser ese proyecto de ampliación temática y metodológica de la Historiografía donde se conjuguen propuestas convergentes⁴. Primero, una reconsideración del binomio tiempo / cambio social que llevaría a una potenciación del análisis histórico del presente y una reconceptualización del cambio. Ese proyecto puede significar una nueva convergencia de Historiografía y Sociología, pero no simplemente en aquellos sectores de las investigaciones respectivas que por razones de objetivos y enfoques se hallan incuestionablemente más cercanas, sino, más allá de eso, en toda investigación social sobre evidencias históricas explícitas, lo que llevaría a una reformulación del hecho cierto de que Historiografía y Sociología son facetas de un único empeño epistemológico.

La primera ha de aportar una reconceptualización del tiempo como *continuum*, del tiempo-cambio, para hablar de una Historia del presente. La otra, una reformulación de la conceptualización de las estructuras. La *temporalidad* en relación con la sustantividad de lo histórico es una cuestión crucial para el desarrollo futuro de la investigación socio-histórica. Historiografía y Sociología son los pilares de un eficaz proyecto común de análisis socio-dinámico. El único análisis real y realista de lo social como un todo.

1. Tiempo y fenómenos sociales

Resulta casi ociosa la observación de que el tópico filosófico-sociológico y físico del *tiempo* es esencial para cualquier tratamiento de la materia histórica. Sin embargo, no acostumbra a ser una temática especialmente transitada por los historiadores. Podemos prescindir aquí de ahondar en la búsqueda de una explicación para esa, en principio, no muy inteligible disociación y limitarnos a consideraciones que nos acerquen a destacar la ubicación ineludible de lo histórico en el *continuum* tiempo y lo injustificables que, a tal luz, aparecen algunas posiciones historiográficas convencionales.

De nuevo, es la escuela de *Anales* el conjunto de historiógrafos que en los tiempos recientes ha dedicado mayor atención si no a una especulación a fondo sobre la dimensión del tiempo sí a las implicaciones que para la investigación histórica tiene el ritmo de los procesos sociales y la forma en que ta-

4 Con una impronta dirigida especialmente hacia sus orientaciones didácticas, he tratado del tema de la "Historia reciente" en *La Historia reciente o del acceso histórico a realidades sociales actuales*, en J. RODRIGUEZ FRUTOS (ed.): *Enseñar Historia*, Barcelona, Laia, 1989, pp. 33 y ss.

les procesos son referibles a la noción de tiempo. La distinción entre tiempo "cronológico" y tiempo "social" o tiempo histórico es uno de los temas más atendidos⁵. La reflexión historiográfica sobre el tiempo, cuando está presente, se orienta generalmente a matizar la posible variada adjetivación de la noción misma de tiempo y a establecer de alguna manera su relativismo. Pero son posibles y necesarias algunas otras extensiones de esta reflexión relativas precisamente al tema que aquí nos ocupa.

La entidad misma de lo social contiene inseparablemente esa cualidad a la que acostumbramos a llamar *tiempo* o bien una referencia inescusable a ello en cuanto significa el sentido de la permanencia o no de ciertas realidades dadas. Lo normal es que, como se ha señalado a partir de los tratados clásicos positivistas de metodología de la Historia -los Langlois-Seignobos, Bauer, Bernheim y demás-, la diferencia entre el enfoque histórico de los fenómenos sociales y el enfoque genéricamente sociológico de ellos, se crea encontrar en el tipo de explicaciones dadas, en relación con su grado de generalidad, sistematización, abstracción. Es evidente que esa distinción no la aceptaríamos ya sino modificada por matizaciones fundamentales.

A mi entender, es más bien la consideración que se hace de la *naturaleza temporal* de los procesos sociales y la explícita problematización de ello o su relegación a la categoría de "supuesto", lo que verdaderamente marca en la práctica científica habitual las diferencias entre una u otra de las respectivas consideraciones historiográfica o sociológica de los hechos.

De esta forma, las precisiones básicas que podrían aducirse aquí como contribución a un nuevo tratamiento del problema tiempo / proceso social podrían empezar por una proposición, a mi juicio, importante: la de que el *tiempo* no es, en su entidad última, sino función, producto, manifestación, en suma, del *cambio*. Así, el tiempo se halla inserto como dimensión constitutiva en todo "fenómeno social". O, de otra forma, el tiempo es denotado y medido por el cambio. Resulta predicable de todo lo real que posee su realidad en el tiempo en cuanto que tal realidad está sujeta al *cambio*. El cambio se manifiesta como *movimiento*; luego existe tiempo porque existe movimiento. Donde no hay movimiento no puede haber tiempo..

El movimiento de lo que existe es, a su vez, el único soporte observacional del concepto tan polisémico, y por ello tan difícilmente manejable, de *hecho*. Hecho o *acontecimiento* no es sino un *cambio* que se introduce en el estado de cosas existente. «Cabría decir que un acontecimiento consiste en un

5 Véase M. TUÑÓN DE LARA: *Tiempo cronológico y tiempo histórico*. Lección inaugural del Curso Académico 1985-1986. Universidad del País Vasco, Servicio Editorial, 1986. Y también, S. KRACAUER: "Time and History", en *History and Theory*, Beiheft, 6, 1966, pp. 65 y ss. Son de interés otros escritos contenidos igualmente en este suplemento de la revista citada.

par de estados de cosas sucesivos», en palabras de Von Wright⁶. Un hecho es, en efecto, la manifestación de la existencia de dos estados secuenciales. La secuencia o continuidad es, claro está, otra idea estrechamente implicada en esta esencial cuestión del tiempo y los procesos sociales.

Los hechos son, pues, modificaciones de los estados. La idea de *hecho* no es otra cosa que la idea de mutación, de diferencia, de alteración. Cualquier hecho es un cambio, un movimiento, en la naturaleza humana y en la "inhumana", en expresión de Norbert Elias. Pero todo lo dicho no excluye que un hecho en la perspectiva del proceso de conocimiento es igualmente una proposición, una afirmación, independientemente de su referente externo al sujeto.

Nuestro conocer se apoya en las perspectivas comparativas entre cosas y la comparación sólo es posible desde la perspectiva del cambio. Conocemos por diferencia y se precisa establecer en qué sentido podemos hablar de hechos iguales. Porque poder hablar de hechos iguales, como no escapará a nadie, es básico para poder hablar de un cierto tipo de conocimiento llamado ciencia. El problema de la consideración "científica" de la investigación histórica estriba, se ha dicho, en que en la Historia no existen hechos iguales, sino que es el reino de la singularidad. Un sociólogo como Durkheim expresaba con claridad esta idea tópica: «De ordinario -decía- cuando se hace de la historia una ciencia se le asigna como objetivo no los pormenores de los acontecimientos particulares sino las instituciones, las costumbres, las creencias, en una palabra, las realidades colectivas, cuya *constancia y regularidad* se contraponen a la contingencia y a la extrema fluidez de los hechos individuales»⁷. O bien, se echaba mano de aquella pirieta neokantiana de las ciencias de "lo particular" que llevaron adelante Windelband y otros.

Cuando predicamos una igualdad entre hechos -igualdad desde luego imposible en su formulación más radical- queremos manifestar la igualdad de los *cambios*. De forma que la idea de *recurrencia* del cambio es uno de los fundamentos epistémicos en que se basa la posibilidad de establecer regularidades y con ello la posibilidad de explicaciones generalizantes de grupos de fenómenos. Resulta, por tanto, que *cambio, tiempo, hecho y proceso* presentan implicaciones mutuas sobre las que la investigación social e histórica debería profundizar mucho más.

La naturaleza humana y la inhumana son siempre conocidas *en el tiempo*, desde luego, como lo son necesariamente también en el espacio, y en ambos casos es así porque ambas dimensiones tienen sus referencias *en el cambio*. Y

6 G.H. VON WRIGHT: *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza Editorial, 1987. Ver del mismo autor *Norma y acción*, Madrid, Tecnos, 1970.

7 En el artículo "La Historia y las Ciencias Sociales" que puede verse en castellano en E. DURKHEIM: *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 288. Subrayado nuestro.

es que lo cognoscible en sí mismo es el cambio. Lo demás cognoscible lo es por re-ferencia o in-ferencia. En el fondo de estas posiciones se encuentra la idea, tal vez en exceso radical, de que no hay más posibilidad de conocimiento de estas "naturalezas" que la que nos proporciona la propia característica de su cambio, de su tiempo.

La muy antigua proposición de que la "permanencia en el ser" es precisamente el fundamento de la posibilidad de conocer no es válida y ello parece claro en cualquier ámbito de la ciencia hoy. Pero existe una forma de movimiento en la que tiene su anclaje principal la posibilidad de conceptualizar un proceso racional de la naturaleza humana. Me refiero a los movimientos que podemos llamar *recurrentes*. Creemos que los hechos se repiten porque establecemos la idea de recurrencia, lo que nos arrastra, a su vez, a la idea de que el movimiento mismo es reversible. O dicho de otra forma: sólo sobre esas bases es posible establecer la idea de regularidad de los acontecimientos y la relación entre regularidad y reversibilidad. Y ahí se encierra una parte importante de la posibilidad de explicación de los "hechos sociales", hechos en el cambio / tiempo.

En rigor, sin embargo, no existen los cambios recurrentes, porque, nunca un cambio sucede en el mismo mundo que otro, ya que un cambio supone el paso a un nuevo estado. Y esto tiene para nosotros un corolario evidente, si bien haya de ser establecida su operatividad científica: la diferencia entre hechos recurrentes y hechos singulares es un sinsentido. No hay diferencia en este plano entre la Historia, como investigación, y la Sociología, como investigación también, en el sentido de diferencia que individualice a unas y otras ciencias sociales.

Un nuevo cambio, aunque tenga el mismo sentido que su antecesor, ya no sucede en el mismo mundo. Es decir: una rotación completa de la Tierra ya no es igual que la rotación anterior porque la Tierra tiene ya una más que cuando sucedió aquella anterior. Por este camino se explica la plausibilidad de las viejas ideas expuestas por Gianbattista Vico sobre el cambio en la Historia. La de que todo movimiento histórico es circular, o más bien espiral, parece la única verdad aceptable. Tal vez haya cambios iguales en su intensidad, pero no puede haberlos en su contenido.

La relación entre tiempo y espacio ha sido también motivo de larga reflexión física y metafísica. No hay tiempo sin espacio. Los contenidos espaciales vienen a insertarse, junto con los temporales, en otro concepto complejo: el de *estructura*. ¿Cómo armonizar la idea de estructura con la de cambio? ¿Y la de estructura con la de hecho? A la luz de la relación cambio / tiempo, la conceptualización de estructura necesita todavía de una máxima atención. La aplicación de tal idea en ciencias sociales, a la que se ha dedicado, como se sabe, una inmensa literatura, se relaciona en algún sentido, aunque no en la

totalidad de los posibles, con las concepciones del tiempo. A veces de una manera harto problemática, porque la idea de estructura en las ciencias sociales apareció en cierta forma como referente contradictorio con la de cambio⁸.

Pero no podemos detenernos aquí en ello más que con la mera enumeración de algunas preguntas posibles: ¿La idea de estructura no implica el no-cambio? ¿La estructura, pues, tiene un sentido fundamentalmente organizacional, orgánico, relacional o temporal? ¿Cómo puede el hombre llegar a planteamientos sintéticos sobre *todos* los cambios? Tal vez la idea de estructura es una forma de intentar someter el entendimiento del cambio a unas pautas de racionalidad. ¿La estructura no es la manera de imaginar una relación entre los cambios que el hombre descubre? ¿O no es la constatación de la existencia de un principio de *repetición*?

Las reflexiones someras que preceden apuntan a la profundización en el problema del tiempo en una perspectiva precisa. Por el momento, se dejarían aquí de lado las cuestiones relacionadas con la forma de expresión temporal que es posible aplicar para caracterizar procesos. Así, concepciones como las que expresan el par estructura / coyuntura que introdujera Ernest Labrousse, o el concepto de *longue durée* de Braudel. Nuestra pesquisa iría por otro sitio. Así, ¿qué sentido tiene la expresión *tiempo histórico* como una especificación de la noción de tiempo? Y más en concreto aún: ¿qué sentido tiene la relación entre tiempo de la Historia y *Presente*? ¿Es o no el presente tiempo histórico?

Pues bien, parece enteramente erróneo especificar como histórico una parte del tiempo humano que no sea *todo* el tiempo. El tiempo de la Historia no es, en modo alguno, el tiempo pasado. Y el tiempo de la Historiografía debe ser todo el tiempo de la Historia. En esto no deben verse meras declaraciones especulativas o ganas de hacer pequeñas filosofías. Sino proposiciones metodológicas precisas. No tiene sentido introducir soluciones de continuidad en el tiempo de la Historia. Es poco discutible que la noción de "presente" es un útil y arraigado convenio social⁹. Y, por supuesto, las divisiones cronológicas entre disciplinas historiográficas, y las especializaciones profesionales en función de ellas, no pasan hoy, por lo común, de ser derivaciones de irrenunciabiles necesidades prácticas, desde luego, pero que en el terreno del progreso del conocimiento representan muy poco, satisfacen meras conve-

8 En el ámbito del estructuralismo francés de origen antropológico, representado, sobre todo, por la obra de Lévi-Strauss se intentaron algunas puestas a punto de esa idea de estructura entre las que merecen citarse la de BOUDON, R.: *Para qué sirve la noción de "estructura"*. Madrid, Aguilar, 1972. y R. BASTIDE, C. LEVI-STRAUSS y otros: *Sentidos y usos del término estructura en las ciencias del hombre*. Buenos Aires, Paidós, 1971.

9 Cfr. M^a. A. DURAN: "Las bases biológicas de la estructura social", en S. Del CAMPO (ed.): *Tratado de Sociología*, Madrid, Taurus, 1988, vol 1., p. 105 y ss.

nencias técnicas o señalan parcelas de influencia. Las reales soluciones de continuidad en el tiempo histórico tienen otro carácter.

Esto, que permitiría un replanteamiento de todo el sentido profundo de la sucesión de los hechos humanos en el tiempo, o bien de la manera en que la explicación histórica e historiográfica trata la dimensión temporal, puede permitir de forma más directa e inmediata cuestionar todo lo que son las grandes periodizaciones de la Historia, desde el punto de vista de sus propios fundamentos, puesto que habrá que ir al fondo de lo que entendemos por "grandes formaciones sociales" o grandes "épocas históricas". Y seguramente de manera más decisiva habrá que ir a revisar las conocidas conceptualizaciones de *estructura* y *coyuntura* y la significación del "tipo" de tiempo que se les atribuye.

Serviría esto también para verificar de forma seguramente decisiva la inconsistencia radical de una idea de *hecho* como la positivista referida a un contenido inmediato de la observación, que se presentaría como discernible, puntual y delimitable, y la consiguiente construcción de un concepto de "hecho histórico" como ingenua mimesis y derivación de la posición que atribuye a los "hechos" un papel básico en el conocimiento científico. Si se quiere hacer una ciencia de la Historia, diría el positivista, hay que definir qué son los hechos históricos¹⁰. En este preciso sentido *hecho* es un concepto vacío, puesto que no se puede distinguir de lo que es no-hecho.

Para el positivista el hecho es un acontecimiento o suceso, desde luego, pero se refleja en una afirmación, no se define en función del cambio sino del discurso. Todo lo real se compone de hechos, pero el hecho, como referencia del cambio, tiene que construirse a partir de éste. Sin teoría del cambio, o mejor, sin alguna especie de teoría, no hay conceptualización posible de hecho alguno. La de *hecho histórico*, tanto en su versión propiamente positivista como en algunas posteriores con algún mayor grado de sofisticación¹¹, es una conceptualización vacía o, lo que vale lo mismo, inútil.

10 Es muy ilustrativa de esto la posición que adoptaba, por ejemplo, Seignobos acerca del "hecho" con el cual se enfrentaba el historiador y el científico social en general. Naturalmente, la historia sólo podía construirse sobre hechos que se extraen de los documentos. «Lo que se llama un *hecho*, sea en el lenguaje vulgar, sea en el terreno científico, es una afirmación, un juicio que reúne en conjunto varias impresiones afirmando que corresponden a una realidad exterior». Y en otro lugar: «En un documento hay miles de afirmaciones... cada una de estas afirmaciones constituye un *hecho*. Pero estos hechos son de especies muy distintas». Para la tradición positivista los hechos son las afirmaciones que el historiador puede encontrar contenidas en los documentos. Seignobos confunde, en realidad, hecho con enunciado o proposición y la "conclusión definitiva" surgirá de la comparación de estos hechos. Una ciencia que se intenta basar en tal cosa no establece con claridad lo que esa cosa sea. Ch. SEIGNOBOS: *El método histórico aplicado a las ciencias sociales*, Madrid, Jorro, 1923, pp. 72, 86-87.

11 No ya en cuanto a la idea de hecho histórico misma sino a la del tratamiento de tales "hechos" por el historiador, es muy conocida, y aceptada, la posición de E.H. Carr sobre la selección de los hechos que el historiador acomete. La idea de que no hay posible escritura de la Historia sin selección de los hechos es muy común, y, claro está, una falacia completa. Cfr. E.H. CARR: *What is History?*, New York, Vintage Books, 1961 (hay traducción española).

Las reflexiones ulteriores pueden orientarse en otro sentido que es el más pertinente aquí. Si el tiempo puede ser entendido como un *continuum* la cuestión más de fondo es la construcción de las ideas de presente, pasado y futuro. Y más en concreto, para lo que aquí nos concierne, la de establecer cuál es el fundamento y la pertinencia de la distinción entre pasado y presente. Porque una de las dificultades básicas que afectan a los fundamentos cognoscitivos de la Historiografía y, de paso, a los metodológicos, es, por decirlo en términos muy elementales, la de discernir si es un conocimiento de situaciones sociales *pasadas* o es, de forma mucho más generalizante, conocimiento de situaciones sociales objetivadas y formalizadas en su *dimensión temporal*. Una y otra cosa son distintas.

Este asunto tiene una incidencia capital, también, en cosas tan traídas y llevadas como el estatuto que haya de concederse a la Historiografía en el ámbito de las ciencias sociales. Y no cabe duda de que esa cuestión afecta especialmente las relaciones con la Sociología. Pues si bien suele plantearse el problema en términos de la dicotomía entre los campos y los ámbitos objetivos que suelen asignarse a ambos tipos de investigaciones -generalización frente a singularización, establecimiento de leyes frente a comprensión descriptiva, pasado frente a presente y demás caracterizaciones usuales en la distinción entre Sociología e Historia-¹², el asunto puede también remitirse a la distinción que se hace en el tratamiento de los comportamientos temporales de los fenómenos sociales.

En términos aún más escolares: para el historiador ¿existe algún "momento" del continuo temporal en el que los fenómenos dejan de ser históricos por su posición cronológica? Es decir, ¿hay una distinción fundamental sobre bases operativas entre "situaciones sociales históricas" y "situaciones sociales presentes"? ¿Histórico y presente son dos términos antitéticos? ¿Cómo debe entender, en suma, la investigación historiográfica el alcance de la caracterización de "histórico" unida al concepto de tiempo?

Lo notable es que este problema recibió una tajante solución, al menos en el terreno de los principios y declaraciones metodológicas, por parte de una de las escuelas que más rastro ha dejado en las conceptualizaciones vigentes hoy en la Historiografía. Nos referimos, una vez más, a la de *Annales*. Desde la primera generación de los *annalistas*, como ya hemos señalado, se habló de las sociedades en el tiempo y no de otra cosa. Pero la práctica historiográfica ha permanecido y permanece muy esclerotizada. Así, la misma conceptualización

12 Véase, por ejemplo, para una caracterización breve, reciente y tópica, J.H. GOLDTHORPE: "The relevance of History to Sociology", en M. BULMER (ed.): *Sociological Research Methods. An Introduction*, Londres, MacMillan Education, 1987, pp. 162 y ss. Muchos otros pasajes de este libro son importantes a nuestro efecto.

de la "Historia Contemporánea" ha sufrido una decisiva alteración semántica¹³ y el problema de la edad contemporánea en relación con lo que hablamos permanece abierto.

Si la naturaleza es el conjunto de los cambios, si la naturaleza no es a la luz de esto sino *proceso* (¿y qué es "proceso" sino un encadenamiento de cambios, un cambio prolongado sujeto a recurrencias?), ¿cómo distinguir entre pasado y presente, con algún fundamento más que la mera capacidad operativa del investigador, de forma sustantiva y metodológicamente válida?; ¿cómo introducir una solución de continuidad en el tiempo, cuando el tiempo representa la evidencia de la continuidad del cambio? Cabe insistir en que el conocimiento sociológico es también un conocimiento del cambio, como lo histórico, y que el conocimiento historiográfico es, recíprocamente, el de las generalidades "en el cambio" o en el tiempo. La algo más que convergencia entre Sociología e Historiografía en el sentido de que son conocimientos de lo social en el cambio y el tiempo -cosa redundante-, se predique en los términos en que lo hacía Weber, o en los que más recientemente lo han hecho Paul Veyne o Anthony Giddens, sin duda será objeto de muchas más reconsideraciones. Y aquí se ofrece el comienzo de una de ellas.

Por lo que esbozamos, sugiero la conveniencia de conceptualizar una práctica historiográfica que rechace de principio y explícitamente la idea de que el tiempo histórico tiene una acotación cronológica que excluye ciertos estadios. Ello equivale a hacer posible una Historia del *Presente*. O mejor, permite pensar como operativa una investigación *modo histórico* de los hechos sociales en el tiempo sin limitaciones convencionales buscando nuevos métodos.

Cuando se dice que la Historiografía no puede estudiar el presente es porque se produce algo parecido a esto: el historiador decide cuál es el último de los cambios que va a considerar, de manera arbitraria en relación con el cambio-hecho mismo, pero lo hace así porque a partir de ese cambio que designa como último ya no conoce suficientemente otros. El corte de la historia en el pasado es un claro síntoma de deficiencia metodológica y no otra cosa.

La idea de hacer una Historiografía de los hechos cronológicamente inmediatos, terreno tradicional en el que el historiador no entraba, ha sido ya presentada en algunas ocasiones y existen incluso instituciones científicas que se orientan a ese objetivo. Pero no existe en la práctica teorización alguna de lo que pueda ser una Historiografía que elimine esa dicotomía presente-pasado, esa falsa antítesis, y sigue entendiéndose por Historia Reciente, Historia del Tiempo Presente, *Zeitgeschichte* y expresiones análogas una mera *historio-*

13 Hablo de esto con cierta extensión en el "Estudio Preliminar" a la edición de A. PIRALA: *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista...*, Madrid, Turner-Historia 16, 1984, vol. 1.

grafía de los procesos más recientes, no, en modo alguno, "otra" conceptualización de lo histórico y de lo historiográfico.

2. La historificación del desarrollo. Historia "coetánea", "presente", "reciente"

La argumentación que sigue parte del intento de mostrar que el estudio del estado presente de las sociedades humanas o de algunos de sus componentes, instituciones o actividades, el estudio, en definitiva, de los fenómenos sociales en curso, aun cuando el punto de vista que se adopte no pretenda primar, o incluso ignore, la dimensión diacrónica, tiene también, y necesariamente, un componente histórico. Lo histórico no puede resolverse como un mero supuesto o un presupuesto en la caracterización de todo lo que es social, sino que constituye una dimensión real, aprehensible por la experiencia, que posibilita un procedimiento para una forma específica de acceso a explicaciones sociales: el modo *historiográfico* de explicación de lo *social*. Hay un acceso histórico a lo presente, a lo *reciente*, si se acepta este intento de introducir un vocabulario más privativo.

Se pretende establecer que la Historiografía no es -es decir, en modo alguno se reduce a- la actividad técnico-especulativa destinada a la reconstrucción de parcelas del pasado referente a los individuos, a los grupos sociales, a las instituciones o a ciertos y determinados niveles de comportamiento social sectorial, ni se concentra en la descripción de realidades desvanecidas por el paso del tiempo. La Historiografía es algo más que eso, pero es, sobre todo, algo esencialmente *distinto* de eso. Es, en su meollo, una *forma metodológicamente específica* de explicar partiendo de ciertos conceptos operativos claros y por procedimientos científicos estructuras y fenómenos sociales.

En ese objetivo la Historiografía no se confunde con ninguna otra de las Ciencias Sociales. Importará mucho, para la argumentación total intentada aquí, demostrar con suficiencia ese aserto. Pero importa tanto como eso introducir desde ahora otra aserción clave: la de que la Historiografía no es una actividad intelectual *junto a* las Ciencias Sociales, sino que ella misma es una ciencia social más.

Tradicionalmente la Historiografía no ha abordado nunca el estudio de las realidades sociales del pasado inmediato y menos aún las que están en curso. Pero los fundamentos teóricos que aquí se intentan precisar tienden a demostrar que el estudio del presente históricamente no encierra en manera alguna una contradicción. Algunos proyectos actuales de ampliar en este sentido el campo de lo historiográfico no han cristalizado aún en conceptualizaciones de interés. Pero no está cerrado el progreso en tal sentido.

De manera provisional, el campo y el objetivo de esta forma de historiar lejos de los empeños habituales puede entenderse como un intento de caracte-

rizar un campo específico de actividad cognoscitiva historiográfica, el que llamamos de la *historia reciente* y una invocación a crear una disciplina que se ocupe específicamente de él. Las consideraciones aquí expuestas parten de un especialista en Historia Contemporánea y están impregnadas fuertemente, como cabría esperar, de las secuelas de esa especialización. Pero la *historia reciente*, pese a partir de la Historia Contemporánea y, más aún, de la Historia inmediata, del mismo presente social, no se limita a reproducir con una secuencia cronológica más cercana a nosotros la Historia Contemporánea convencional. No es, en modo alguno, un último tracto de esta.

Por otra parte, lo que aquí se propone es una efectiva revisión de conceptualizaciones que versan sobre el presente, el pasado, la Historia, la Historiografía, la relación de todo ello entre sí y con las demás Ciencias Sociales particulares y en especial con la Sociología, para definir lo que se entiende como *historia reciente* y tratar de fundamentar, partiendo de ella, un conocimiento del presente que pueda ser proyectado sobre el pasado -y que pueda llegar en el tiempo tan atrás como se quiera- en tanto que esa proyección sirve, dialécticamente, para entender mejor el presente. Pero, insisto, entender social e históricamente la realidad no es sino *dar cuenta de los cambios*. El cambio social es, pues, nuestro objetivo, por definición.

La Historia Contemporánea (HC en adelante), si se entiende como mera referencia a una división cronológica del tiempo histórico -es decir, como aquel período de tiempo que corona la tradicional división de la materia histórica en las edades Antigua, Media, Moderna y Contemporánea-, presenta algunos problemas peculiares no difíciles de entender. El más obvio de ellos estriba en el hecho de que, a diferencia de esas otras grandes "edades" que hemos reseñado, la llamada *Contemporánea* mantiene abierta una de sus fronteras o límites: los de su conclusión. O, lo que es lo mismo, mantiene indefinido su final, puesto que los tiempos contemporáneos, son, en su acepción más ajustada, aquellos que estamos precisamente viviendo.

Evidentemente, tal situación podría, y merecería, ser objeto de algunas consideraciones que la analizaran y explicaran, empezando por comentar el origen mismo de la denominación "Historia Contemporánea" y las dificultades que hoy plantea su propio mantenimiento. Cabe apuntar, en todo caso, que en el momento presente la HC, o bien la "Edad" Contemporánea, es una convención con la que nos referimos a la Historia de los dos últimos siglos, XIX y XX, convención de origen francés que toma como punto de partida el gran proceso revolucionario de fines del siglo XVIII¹⁴, y señala también, de

14 En el ámbito anglosajón, como hemos señalado, la *Contemporary History* es, con bastante más propiedad y con mayor coherencia también con la argumentación que aquí estamos desarrollando, sólo la Historia del siglo XX.

forma paralela, una especialización profesional dentro del campo de la Historiografía y, en definitiva, da nombre a una de las materias que se cursan en nuestras Facultades universitarias de Historia teniendo su correspondiente reflejo en otros niveles de los ciclos educativos.

De cualquier forma, es de esencial importancia el hecho de que la concepción de la HC contiene elementos de sustantividad mucho más precisa que lo cronológico y que, por tanto, la expresión "contemporáneo" en el lenguaje de las Ciencias Sociales, y no sólo en el de la Historiografía, alude a procesos sociohistóricos que tienen su propia especificidad y no meramente a la coetaneidad. He aquí una clave precisa que permite abordar ya el tema de la convergencia de Historiografía y Sociología en el análisis del cambio social reciente.

Es, por lo demás, en la caracterización de esos procesos sustantivos donde reside el problema fundamental -aunque no el único- que aconsejaría una revisión decidida del convencionalismo que nos sigue haciendo llamar "contemporánea" a historias tan distantes ya como la de la Revolución Francesa y que, por el contrario, no nos suministra instrumentos adecuados para enfrentarnos con aquellos lapsos de la evolución social en los años y decenios más inmediatos a nosotros, que son, justamente, los que podrían ser llamados con propiedad semántica contemporáneos. Y la verdad es, como he expuesto en otro lugar¹⁵, que ni la calificación de "contemporánea" apareció adjetivando a la Historia con una simple connotación de coetaneidad, ni hoy ya, a finales del siglo XX, podemos considerar que la coetaneidad sea la clave de esa calificación como "contemporáneos" de hechos a doscientos, o a cien, años de distancia. "Historia Contemporánea" es, en definitiva, una expresión cuya semántica anda lejos de la mera connotación cronológica.

Ninguna de las denominaciones de las demás "edades" históricas presenta este tipo de problemas -aunque no están libres de otros muchos-. Y, en resumidas cuentas, la Historia de nuestra auténtica coetaneidad es la que necesita una reconceptuación, de forma que la *Historia coetánea*, o como quiera llamársela -*reciente, inmediata, actual*-, aparezca como una categoría que indique la relación de simultaneidad -simultaneidad en sentido histórico, lo que no quiere decir absoluta coincidencia temporal- entre unos hechos y su descripción y explicación histórica, cosas no contradictorias, y que no aluda a un concreto período de la Historia de la humanidad. Es decir que posicione al historiador frente a unos hechos y no frente a unas fechas.

Pero es cierto que los historiadores de oficio suelen carecer hoy de instrumentos de análisis, de métodos, pero, sobre todo, de hábitos mentales para abordar la "Historia" de ese lapso temporal inmediatamente anterior o coetá-

15 Puede verse en mi "Introducción" a la reedición de A. PIRALA: *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, Madrid, Turner/Historia 16, 1984, vol. 6, edición original de 1853.

neo. Por lo pronto, justo es reconocer que la idea misma de simultaneidad de los eventos es muy problemática como mostró el mismísimo Einstein en un texto sencillito¹⁶. Puesto ello en el terreno de los eventos sociales ni que decir tiene que la cosa es aún más compleja. Pero la coetaneidad de los eventos con respecto a un referente no tiene que implicar, como hemos dicho, simultaneidad en sentido físico.

Lo que ocurre es que no existe, que sepamos, concepción alguna de lo que pueda ser una "historificación" realmente terminada de lo coetáneo, de lo presente. Sin embargo, con una definición de los objetivos del discurso histórico como la hecha, sin ir más lejos, por la Escuela de *Annales* la idea de tal historificación no es una contradicción. El tiempo presente, como es claro, es *también* un tiempo histórico y objeto del discurso historiográfico, pero no hay todavía ninguna "Historia del Tiempo Presente" conceptualmente elaborada. La empresa académica que se llama así, en Francia, por ejemplo, no es otra cosa que el estudio de los hechos cronológicamente más recientes¹⁷. La Historia del Tiempo Presente no sería hoy como término más que una mera especialización en la Historia más reciente.

Ahora bien, con independencia de otros problemas instrumentales o coyunturales que pueden subyacer en esta cuestión, es cierto también que los historiadores propenden a no perder la supuesta garantía analítica que les proporciona el mito o el prejuicio de la *perspectiva histórica* como apoyo observacional previo a la elaboración de cualquier explicación historiográfica. Es conocida la resistencia de los profesionales más rutinarios a incluir como objetos de estudio esas situaciones históricas más inmediatas a nosotros, arrastrando todavía el prejuicio de origen positivista que hizo un dogma de la imposibilidad de que el investigador y el docente de la Historia entren en el análisis de las realidades sociales vivas¹⁸.

16 A. EINSTEIN: "Sobre la teoría especial y la teoría general de la relatividad". Recogido en A. EINSTEIN y OTROS: *La teoría de la relatividad. Selección de L.P. Williams*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, (10ª reimp.), pp. 76-80.

17 El centro de investigaciones que se llama *Institut d'Histoire du Temps Présent*, dependiente del CNRS, estudia en términos generales temática cronológicamente posterior a 1945. El Instituto es derivación del antiguo Comité para el Estudio de la Segunda Guerra Mundial y, en buena parte, ha heredado sus objetivos.

18 Un ejemplo paradigmático de ello nos lo da lo ocurrido recientemente en relación con la reforma de los planes de estudio universitarios en España cuyos primeros pasos, los de elaboración de propuestas de estructuración nueva de las carreras, corrieron a cargo de Comisiones nombradas oficialmente. La que tenía que pronunciarse sobre los planes de estudio en Historia propuso la creación de una asignatura llamada "Historia del Mundo Actual". Prácticamente todos los pronunciamientos que de forma colectiva han hecho los profesionales de la Historia Contemporánea sobre el asunto han eliminado tal asignatura. Personalmente no puedo sino felicitar a la comisión que hizo la propuesta -muy censurable, desde luego, en otros puntos- y lamentar la ceguera de nuestros colegas. En el momento actual la propuesta de la Comisión ha sido adoptada, afortunadamente.

Va apareciendo, no obstante, una conciencia, y yo participo plenamente de ella, de que tal autoeliminación no está justificada. En el conjunto de la Historia europea es visible la generalización de la idea de que a partir de la II Guerra Mundial se ha entrado, en diversos sentidos, en "otra" era; y no desde luego en función primordial de los cambios político-estratégicos acaecidos en el mundo después de aquel conflicto, con haber sido muchos y de excepcional trascendencia, sino, sobre todo, por la conciencia generalizada de que se está yendo hacia otra forma de civilización.

La conclusión primera extraíble de ello, y la de mayor interés, no sería ya la de que debamos, tras la "contemporánea", añadir una nueva "era" al ya sobrecargado catálogo de ellas de que disfrutamos en los medios académicos. La conclusión fundamental sería más bien la de que la Historiografía no puede detenerse cronológicamente en un momento de la evolución social para el que juzguemos que tenemos la suficiente perspectiva temporal sino que puede y debe enfrentarse con sus propios métodos -que han de ser forjados en el empeño- al análisis de la realidad presente, elaborando aproximaciones conceptuales adecuadas y poniendo a punto nuevos medios técnicos de análisis.

El proyecto de construir una Historiografía que trate de algo más acá que la convencional "contemporaneidad" ha surgido a veces de la simple constatación de que en la segunda mitad del siglo XX era imprescindible buscar nuevos caminos y, sobre todo, abordar temas que nacían en la más estricta contemporaneidad. En algunos casos el proyecto ha surgido de la necesidad misma de un esfuerzo especial para historiar el propio acontecimiento clave del siglo XX, la guerra mundial de 1939/1945¹⁹.

Historia reciente o *Historia coetánea* -entre otras posibles designaciones en castellano- son, pues, unas maneras plausibles de denominar a un cierto tracto cronológico de la evolución social, el más cercano a nosotros, delimitado por el hecho de mostrarnos procesos de los que puede decirse, en algún modo, que están *vigentes*. Ello en lo que afecta a las connotaciones, como decimos, cronológicas, ante la imposibilidad de adentrarnos aquí en mayores elucidaciones, posibles y pertinentes, sobre lo que, en una primera aproximación, cabría tener conceptual y metodológicamente por una Historia, y una Historiografía, *recientes*.

Una reformulación de lo que hemos de entender convencionalmente por "contemporáneo" y de lo que podría contener el concepto de "reciente" -o, insisto, cualquier término equivalente, *inmediato*, *actual*, *fluyente*, incluso *contextual* o *factual*-, contribuiría, sin duda, a encontrar nuevas vías de acceso

¹⁹ El *Institut d'Histoire du Temps Présent* francés es, como decimos, el heredero del anterior *Comité d'Histoire de la 2ème Guerre Mondiale*, cuyos cometidos asumió. El *Institut für Zeitgeschichte* alemán dedica gran parte de su actividad al estudio de la dictadura nazi y su época.

desde "lo histórico" convencionalmente entendido hacia realidades sociales fluentes, en curso, y abriría perspectivas nuevas para la didáctica y los métodos de investigación de, al menos, ciertos tipos de Historia. Se haría patente también que la Historiografía no es únicamente el procedimiento -¿científico?- para la reconstrucción del pasado de los grupos humanos, sino que es también un género de discurso, de mayor o menor potencia explicativa, que intenta abordar la dialéctica pasado/presente en la evolución social. No hay explicación de la Historia sin explicación del presente. Ello no es necesariamente una servidumbre de lo ideológico, sino que es una determinación inescapable de cualquier posibilidad de hacer ciencia de la sociedad. Pero, además, pasado y presente no son realidades materiales definidas y definibles, no son, tampoco, categorías cerradas, autónomas. Son *constructos*; y no hay realidad material, física o social, que pueda ser definida como un puro devenir temporal. No hay una ciencia de lo temporal sino de "algo" en el tiempo.

La cuestión del *presente* puede plantearse en su contenido simbólico psicosocial, según señala M^ªA. Durán, en torno a una de estas tres construcciones: punto cero donde confluyen para la persona pasado y futuro; relación definida desde el pasado donde el punto cero sería el origen imaginado; relación definida desde el futuro en el que el punto cero sería el del final del tiempo tomado en consideración²⁰. Ni la Historia se identifica sólo como el devenir de los grupos o sociedades humanas sin una referencia al presente que es el que "acumula" ese devenir, ni una "ciencia del pasado" podría ser delimitada si no posee una explícita metodología. Estas referencias al presente y al método nos llevan al hecho de que la consideración de los constructos presente y pasado como "estadios" y no como ámbitos cerrados es una condición previa para el progreso metodológico de una actividad como la historiografía anquilosada hoy en ciertas parcelas. Por tanto, no sería ocioso en modo alguno el intento de dilucidar con la mayor claridad posible cuál es el procedimiento lógico, lingüístico y didáctico válido para abordar ese problema previo de la relación dialéctica entre presente y pasado.

Aun siendo esencial el referente *pasado* a que aluden las expresiones Historia e histórico, vemos que no es el único contenido semántico que poseen. El *relato*, por ejemplo, es un discurso que reproduce una secuencia de acontecimientos a los que se supone relacionados, en el mejor de los casos, bajo la forma de causa/efecto, y siempre ordenados en su sucesión temporal. Por su propia naturaleza, el relato posee un principio y un final y se entiende como transcripción, como representación, de una acción conclusa. La afirmación, pues, de que algo «es ya Historia...» equivale a predicar de ello la conclusión

20 M.A. DURAN: "Las bases biológicas de la estructura social", en S. Del CAMPO (ed.): *Tratado de Sociología*, Madrid, Taurus, 1988, vol. 1., p. 104.

de su vigencia y su remisión inexorable a la memoria; es la expresión más terminante de una solución de continuidad. No importa en qué manera esa realidad conclusa tiene carácter acumulativo; lo que importa es reseñar ese *corte* entre pasado y presente. El pensamiento común se representa lo histórico, efectivamente, en relación siempre con la oposición entre pasado y presente o, lo que es su transcripción en términos procesuales, una oposición entre *concluso e inconcluso*.

Así, y en relación con el carácter de concluso que se atribuye a todo proceso históricamente definible, existe otra persistente y difundida concepción que establece que tal tipo de proceso, sea de una sociedad global o sea de alguna dimensión, grupo, institución o actividad incardinada en dicha sociedad, no puede ser plenamente comprendido y, por tanto, descrito y explicado históricamente, si no es un proceso efectivamente concluido. Se trata, ante todo, de un convencionalismo técnico: un proceso en curso no ha emitido suficiente información de sí mismo. Nunca se ha dicho con entera claridad qué habría de entenderse por proceso *concluido*, pero se postula que el grado de conclusión está directamente relacionado con su lejanía en el pasado. Y por ahí se llega al establecimiento de que la explicación histórica tiene como premisa necesaria la de la existencia de una *perspectiva temporal* en la que encuadrar hechos y procesos. No puede darse una explicación histórica de algo de lo que no puede captarse su final.

Es suficientemente conocida la neta estirpe positivista de esta posición, y su formulación clara por la Historiografía de fines del XIX y comienzos del XX que inaugura el culto al documento e intenta fundamentar una "ciencia del pasado". Ella instauró firmemente la idea de que «la Historia se hace con textos», que tanto combatiera Lucien Febvre. La persistencia de estas posiciones hasta hoy mismo ha sido, sin embargo, ejemplar. El positivismo nunca imaginó una ciencia histórica que pudiera fundarse en otra cosa que el documento de archivo. De ahí que al limitar estrictamente su campo a hechos del pasado bien establecidos, hubiera de basarse en criterios primordialmente técnicos: de otra cosa que no sea el pasado no existen documentos.

Pero las dificultades técnicas a que aludimos -a las que pueden añadirse otras basadas, por ejemplo, en la falta de transparencia de los procesos inconclusos- se ven dobladas por posiciones que penden ya de otro tipo de criterios, aunque no estén más que implícitos, que entran de lleno en el campo epistemológico. Parece quererse establecer que el necesario distanciamiento, la *descentración* con respecto a su objeto de estudio que el científico social debe adoptar, como expusiera con gran claridad Jean Piaget²¹, no fuera cuestión de

21 J. PIAGET y OTROS: *Tendencias de la investigación en las Ciencias Sociales*, Madrid, Alianza-Unesco, 1975. Cfr. J. PIAGET: *Introducción: la situación de las ciencias del hombre en el sistema de las ciencias*, especialmente pp. 63 y ss.

toma de precauciones intelectuales, de corrección de los métodos, sino cuestión de comodidad por la no implicación del científico en el proceso que describe. Una vez más, el que huía de los lobos cayó en el centro de la manada. Una supuesta precaución desideologizadora, es decir, aquella que cree que es más fácil hablar desideologizadamente de los Reyes Católicos que de Franco, nos lleva a hacer de la historiografía un discurso ideológico, sólo que de más fácil construcción.

La lejanía temporal, desde luego, nunca podrá ser garantía de ese otro distanciamiento epistemológico y metodológico, como tampoco la cercanía podrá ser considerada causa de la ausencia de este último. La perspectiva temporal no es para el historiador condición necesaria ni suficiente para el rigor de su método. Naturalmente, es imposible una demostración *sensu contrario* (la ausencia de ella mejoraría la explicación), ni es lo que se pretende, pero puede establecerse la absoluta irrelevancia de este tipo de supuestos para una teoría de la Historiografía y es evidente la contradicción de tales posiciones con la propuesta de *Historia Reciente* que aquí se formula y con las iniciativas científicas sobre ella que hemos comentado. Si la ausencia de perspectiva temporal impidiera realmente construir un discurso histórico por falta de definición de los procesos, entonces, por lo mismo, y por la cuestión del distanciamiento, no sería posible ninguna ciencia de la sociedad.

Hay otras implicaciones ocultas en esta falsa posición acerca de la necesidad de perspectiva temporal para poder analizar históricamente los procesos sociales. Por ejemplo, la de que toda explicación histórica ha de tener como horizonte objetivo las consecuencias que se derivan de los hechos y de los procesos sociales. El análisis de esas consecuencias es, justamente, el meollo de la *retrocción*, operación, como es sabido, definida por metodólogos clásicos de la Historiografía como el objetivo cognoscitivo esencial de ella. La Historiografía no entraría a analizar la "naturaleza", las tipologías y las regularidades o no de la dinámica social, sino simplemente a establecer una ordenada secuencia, con arreglo a ciertos criterios simples, de los hechos. La Historiografía tendría como función la de imputación de consecuencias y derivaciones de hechos -lo que constituye justamente la retrocción (Collingwood, E.H. Carr, *dicunt*)- con lo que esta visión se aleja de su primitiva postura basada sobre las dificultades de método para «historificar el presente» y se adentra en concepciones que niegan que el análisis histórico pueda ser otra cosa que el establecimiento de conclusiones *ex post facto* sobre los hechos que ocurren.

Entre otras cosas, la Historiografía queda así deslegitimada, por decirlo de alguna forma, para explorar y explicar situaciones sociales de las que, por las razones que sean, no puedan predicarse unas consecuencias. Es decir, se niega precisamente que la Historiografía pueda proporcionar una pista para el cono-

cimiento del presente social. Nos hallamos con ello ante una particular manera de entender el estudio genético de los procesos sociales, puesto que al centrarse en las consecuencias de hechos y procesos se está postulando una consideración de tipo genético, pero no se hace de ella un objetivo explícito.

Ni que decir tiene que, en nuestro criterio, la superación de esta y otras herencias positivistas es primordial para el progreso historiográfico y, lo que es más importante, para la reformulación del lugar de la Historiografía en el estudio de los procesos sociales. A una realidad social dada puede accederse históricamente, con los instrumentos de la Historiografía, desde principios metodológicos que no pretendan simplemente describir una dinámica temporal, sino que penetren en la "naturaleza" de los hechos sometidos a tal dinámica, que establezcan, además, "por qué" en sentido genético. La cercanía o lejanía del observador a los hechos observados puede tener importancia técnica, pero es irrelevante, dado que las ciencias sociales cuentan ya con el problemático supuesto de que en la empresa científico-social se establece una relación especial sujeto/objeto, a efectos epistemológicos.

Que la llamada "objetividad" del historiador tenga como condición su lejanía temporal con respecto a los hechos que estudia es una completa falacia. Repetimos que si la objetividad de la Ciencia Social hubiera de medirse así, la existencia de ésta sería imposible. Las condiciones de la objetividad residen en otros supuestos que ya hemos sugerido pero sobre los que no podemos extendernos aquí. Creemos, pues, necesario insistir en que el objeto de la Historiografía no se limita al de reconstruir "con verdad", al estilo rankeano, las situaciones sociales pasadas, sino que se amplía hasta el del estudio de la dinámica de las situaciones sociales, en un *continuum* que atraviesa pasado y presente, y con un enfoque que buscará primordialmente la génesis, estructura y cambio de tales situaciones. El historiador debe abordar, con sus propios instrumentos, al tiempo que los perfecciona, las situaciones sociales inmediatas, la Historia más reciente, resolviendo con nuevos y cada vez más imaginativos medios el problemas de la relación Historia/Documento, y buscando nuevas conceptualizaciones para explicar procesos en marcha. Repetimos que la necesidad de una perspectiva temporal, sin la que supuestamente el historiador no debe proceder, es una trampa que fomenta el inmovilismo de los métodos y que parece consagrar una dicotomía analítica entre pasado y presente que no existe en la realidad.

3. Sociología, Historiografía y cambio social

La Historia no puede ser una ciencia, decía Durkheim, «más que si se eleva por encima de lo individual aunque en este caso deja de ser ella misma y se convierte en una rama de la Sociología. Se confunde con la Sociología di-

námica»²². Para Durkheim, la Historia científica era la «Historia científica o sociológica». Esto no es sino uno entre los múltiples ejemplos aducibles -y elegimos aquí uno de los más clásicos- de los juicios que desde siempre ha suscitado una relación renovadamente problemática.

El movimiento social -mejor que el cambio-, como hemos expuesto, y, por ende, el tiempo social son el objetivo central, y prácticamente reductor de todos los demás, de la Historiografía. La coincidencia o confusión que en ello veía Durkheim con la Sociología dinámica no puede ser más certera. Al menos, nuestro autor superaba una vieja convención, de origen positivista desde luego, acerca de que hay sólo un cierto tiempo que es Historia, la de que no *todo* el tiempo es el tiempo de la Historia. Tal convención se basa, como hemos expuesto, en una falsedad radical de partida.

Para una consideración "blanda" de la problemática inserta en las relaciones Historiografía/Sociología, cabría establecer como criterio de diferenciación la mera ubicación temporal de los fenómenos sociales que los situaría a uno u otro lado de la frontera. Pero no es tal criterio el que suele regir, sino el del *tipo de explicaciones* que una y otra disciplina pretenden, según hemos dicho también.

Sociología e Historiografía son, a mi modo de ver, la misma *empresa* epistemológica. Por el contrario, no me parece dudoso que hoy por hoy el de sociólogo y el de historiador son *oficios* distintos. Sociología e Historia siguen siendo, como dijera hace mucho Fernand Braudel, «el haz y el envés de un mismo tejido»²³. Anthony Giddens lo dice de otra manera, con mayor énfasis: «"Sociology" and "History" may be ordinarily taught as though they were distinct fields of study, but I think such a view to be mistaken»²⁴. Y este mismo autor al definir la Sociología nos da un nuevo argumento de peso para proceder en el orden de supuestos en que aquí lo hacemos. La Sociología es, dice, «una ciencia social que tiene como principal objetivo el estudio de las instituciones sociales que han empezado a existir a través de las transformaciones industriales de las últimas dos o tres centurias»²⁵. Los pronunciamientos, desde los tiempos de Durkheim y Seignobos por lo menos, sobre este asunto podrían ser recogidos en gran abundancia.

El cambio social, en el pasado y en el presente, es asunto tanto de la Sociología como de la Historiografía. O dicho de otra manera, no hay nada fuera

22 E. DURKHEIM: *Op. cit.*, p. 290.

23 Cfr. G. GURVITCH (Dir.): *Tratado de Sociología*, Buenos Aires, Kapelusz, 1962, t. 1. Las colaboraciones de G. GURVITCH y F. BRAUDEL tituladas respectivamente *Objeto y Método de la Sociología* y *Sociología e Historia*, pp. 3-31 y 73-92.

24 A. GIDDENS: *Sociology. A brief but critical introduction*, London, MacMillan, 1988; VIII.

25 A. GIDDENS: *Op. cit.*, p. 9.

del «proceso histórico del mundo», que es lo que la Sociología e Historiografía analizan, según Jean-Claude Passeron. El mundo presente es Historia; la Historiografía, pues, no puede desentenderse de esa región del presente del proceso histórico. Lo que ocurre es que los historiadores carecen de formación científica para enfrentarse con su verdadero objeto: ¿Qué son Marx, o Max Weber o Talcott Parsons sino analistas del proceso histórico?

La convergencia de Sociología e Historiografía y, sobre todo, de la Sociología con la Historiografía contemporaneista, como apunta la definición dada por Giddens, es indudable. Pero ninguna de ambas disciplinas pierde por ello su identidad, y ello añade nueva perspectiva a esa convergencia. Tanto como las similitudes deben detectarse también las especificidades, pero parece claro que la diferenciación entre Sociología e Historiografía que se basaría en la existencia de una tensión muy diferente en una y otra investigación entre los objetivos de generalización por una parte y de singularización por la otra no tienen hoy tampoco ningún fundamento. La construcción generalizadora, nomotética, en términos clásicos, está hoy claramente enfundada en unos límites lógicos precisos que nos hacen ver con claridad que no es posible una teoría social *transhistórica*.

Un valioso ejemplo histórico de lo tormentoso que puede resultar el proceso de la convergencia, o de sus dificultades, nos lo da la Historia de las relaciones en el mundo científico francés entre esas dos actividades desde los tiempos de Durkheim y Seignobos, para continuar luego con las dificultades entre la tradición durkheimiana y la primera escuela de *Annales*²⁶.

La pregunta esencial a este efecto se la ha hecho J.C. Passeron: «¿cómo es que la Historia y la Sociología que son, al menos hoy, epistemológicamente indiscernibles, permanecen, sin embargo, socialmente tan reconocibles en lo que se refiere al estilo profesional y a la producción de sus cultivadores?»²⁷. El propio Passeron nota que pese a esa nula frontera epistemológica la diferenciación profesional entre Sociología e Historiografía se mantiene potente, mucho más potente que la que separa a la Antropología de la Sociología. Yo no creo en la distinta profesionalidad científica de sociólogos e historiadores. Lo que creo es en una incidental lucha de intereses, en una divergencia de propósitos y de establecimientos y en unas claras deficiencias del aparato educativo existente.

Convergencia de Sociología e Historiografía, en efecto, pero a base de que definiéramos un campo nuevo donde esa convergencia de método, puesto que

26 P. BESNARD: "L'impérialisme sociologique face a l'Histoire". En *Historiens et sociologues aujourd'hui. Journées d'Etudes annuelles de la Société Française de Sociologie*, Paris, Editions du CNRS, 1986, pp.27-48.

27 J.C. PASSERON: "Histoire et Sociologie: identité sociale et identité logique d'une discipline". En *Historiens et sociologues aujourd'hui. Journées d'Etudes annuelles de la Société Française de Sociologie*, juin 1984. Paris, Editions du CNRS, 1986, p. 195.

la epistemológica es un hecho, aporte novedades trascendentales para el progreso historiográfico y pueda aportar a la Sociología un espacio en cierto modo nuevo. Esa convergencia me parece a mí que se explicita a través del concepto de *Historia reciente* y a través de la metodología del *acceso a la explicación del presente social esencialmente desde la dinámica histórica*.

Para explicar históricamente el pasado es preciso también hacerlo así con el presente, el uno en función del otro y de manera siempre recíproca. Puede que esto no haya sido nunca un programa establecido de investigación historiográfica, pero no cabe duda de que eso es lo que *realmente* hace el historiador, lo sepa o no. Pretender que la explicación del pasado puede ser independiente de la situación del presente es el mayor de los espejismos ideologizados, en el que más de lleno se cae cuanto más se pregona la independencia, y el que más se acusa en las nuevas corrientes positivistas. Explicar "científicamente", no al servicio de ideologías, como dicen algunos, no es, según creo, cuestión de declaración de intenciones, sino de método. Los problemas de perspectiva temporal no deben, por otra parte, desbordar sus términos reales: son transcribibles, sencillamente, como otros de disponibilidad de fuentes escritas clásicas, y no más.

Es, por tanto, posible una explicación histórica del presente y es posible también investigar y enseñar la Historia tomando el análisis del presente factual como punto de partida, como principio y presupuesto de método. Así y todo, puede desde ahora advertirse de manera rotunda que la expresión (*Historia Reciente*, HR) no alude a un período cronológico sino a un *procedimiento* para historificar la coetaneidad, lo que es bien distinto. Es preciso, sin embargo, establecer algunas precisiones más. La primera de ellas referente al hecho de que la HR se relacionaría, por lo general, con procesos sociales *en curso*; no sería esa la menor dificultad para establecer una manera distinta de entender lo histórico, concepto que convencionalmente se encuentra siempre imbuido de la connotación de lo *acabado*.

Este proyecto de historificación del presente es el que viene a plantear una nueva convergencia, una estrategia de investigación conjunta, entre Sociología e Historia. Convergencia que se prestará a reflexiones mucho más urgentes desde el campo de la Historiografía convencional que desde el de la Sociología, bastante mejor preparada para entender un programa de este tipo. Casi en su totalidad se trata de un horizonte metodológico nuevo para la Historiografía de la contemporaneidad, pero la Sociología, y sobre todo la Sociología histórica, tendrá que repensar su campo. Sería esto como si retomáramos desde la otra cara aquella posición de G. Gurvitch de hacer una Sociología que privilegiara la relación con la Historia. Pero sería más aún: emprender proyectos de investigación sociohistórica con un apoyo interdisciplinar suficiente.

Está claro que, metáforas aparte, Sociología y lo que se acostumbra a entender como Historia Contemporánea -en su versión anglosajona referida con exclusividad al siglo XX o en la europea occidental que abarca también el siglo XIX- han nacido como creaciones destinadas al análisis de las sociedades revolucionario-burguesas en la forma adoptada desde que impera el capitalismo industrializado liberal. La Sociología es su forma de conocimiento social típico. La génesis de la Sociología y de la Historia Contemporánea tiene mucho que aclarar acerca de lo que han sido sus relaciones hasta ahora. En el mundo anglosajón esas relaciones tienen un carácter muy peculiar. En la Europa continental han transcurrido de manera distinta.

Una concepción de un campo sociohistórico claro, como el que sería el que aquí llamamos *Historia reciente*, sería un banco de pruebas excelente para esta experiencia de investigación social. Al contrario de lo que ocurre con la HC que conocemos, la HR se enfrenta a un tipo de realidades históricas de las cuáles conocemos, por definición, el término *ad quem*, puesto que aceptamos que el límite temporal de nuestro análisis lo establece la realidad presente²⁸. Sin embargo, el término *ab quo*, es decir, el punto de partida de los fenómenos con los que nos enfrentamos, constituiría aquí una realidad no dada sino a determinar, porque en ese término se establece por definición la génesis de las situaciones existentes.

Lo normal de la investigación historiográfica es seguir la secuencia temporal que se atribuye hipotéticamente a un fenómeno partiendo de un principio cronológico que en la práctica se establece, en efecto, por definición. El desenvolvimiento posterior es el que es preciso investigar y se le considera indeterminado, libre e impredecible, haciendo sobre él la retrodicción. La HR pretendería, justamente, encontrar el principio cronológico, y, por supuesto, la naturaleza, de un proceso del que se predica que una realidad actual representa el estado final -aunque provisional- alcanzado.

De ello se desprende asimismo que la HR significa una reconsideración de la idea de contemporaneidad, una devolución a lo contemporáneo de su sentido originario de coetáneo, fluente, inacabado. Pero, como vemos, el campo de la HR es difícilmente definible por lo cronológico; no hay una "época" reciente delimitable por los procedimientos cronológicos habituales. Lo que en Historiografía podemos llamar "reciente" tiene que ser definido de otra forma que no puede ser sino la de diseñar un *objeto* y un *método*.

28 Naturalmente, prescindimos aquí de toda la cuestión de la *predicción* del comportamiento de los fenómenos como objetivo central de la explicación científica en su sentido más restrictivo y completo. Si en las Ciencias Sociales más desarrolladas tal objetivo es muy difícil de cumplir, la cosa es bastante más problemática, y no puede ser entendida de forma analógica, en una actividad cognoscitiva como la de la Historiografía. Insistimos, pues, en que nuestro término de referencia es el presente. Cualquier otra cosa es, por el momento, futurología.

Pero es al aproximarse a tal definición cuando aparecen una vez más la necesidad de un acercamiento a la metodología sociológica empezando por establecer que el presupuesto de un conocimiento sociohistórico de los fenómenos en curso es un estudio, descriptivo cuando menos, de la realidad social que llamamos presente, para proceder desde ella, digamos, a su progresiva testimonialización, o documentación retrodictiva, es decir, a un intento de explicación que se basa en encontrar su secuencia procesual desde la que la investigación muestre ser el punto de partida inteligible del proceso²⁹.

En cierto sentido también, la HR es el estudio de los *antecedentes inmediatos del presente*, pero en tanto que pueda mantenerse que algo es realmente un "antecedente". Mientras pueda predicarse de un hecho ó de un proceso su precedencia causal, genética, con respecto a la realidad total, o a una realidad parcial viva, allí tendrá la HR algo que investigar; su buceo "hacia atrás" será tan prolongado como lo exijan unas concepciones previas y lo más precisas posible de aquel tipo de hechos que buscamos. La HR pretende la explicación genético-estructural -como cualquier otra historiografía- pero de realidades sociales que definimos como *vigentes*.

No dudo que sería preciso contar con una formación distinta, más amplia y adecuada, de nuestros profesionales de la Historiografía. Pero, todavía con mayor urgencia y dificultad, sería preciso promover todo un sentido nuevo en la investigación social desde la plataforma sociohistórica. Ahora bien, como el tratamiento de ello nos llevaría por derroteros impertinentes aquí, preferiría acabar la exposición haciendo unas breves consideraciones sobre lo que podrían ser, al menos, unos primeros supuestos desde los que establecer orientaciones metodológicas básicas para ese programa de investigación de los fenómenos sociales en desenvolvimiento.

Entiendo que, lejos de lo que se mantiene de forma generalizada en los círculos de la Sociología académica y aplicada sobre la función de los *data historica* en la construcción del conocimiento social como mero aporte de evidencias informativas³⁰, es aquí donde la convergencia entre Sociología e Historia en la captación de una nueva *area study* se muestra posible y deseable. No creo que la Sociología Histórica conocida, en sus más antiguos desarrollos en la obra de Weber o de Sorokin e, incluso, en Barrington Moore, ni

29 Cfr. J. CUESTA BUSTILLO: "La Historia del Tiempo Presente: estado de la cuestión". En *Studia Historica* (Salamanca), I, nº 4, 1983, pp. 227 y ss. En esa nota se recogen noticias sobre el IHTP francés y una citas de Pierre Nora en las que efectivamente se alude a que la "Historia del Tiempo Presente" no se define por una cronología, ni por un método «sino por un punto de vista». Asunto sugerente con el que no coincido exactamente.

30 J.H. GOLDTHORPE: "The relevance of History to Sociology", en BLUMER, M. (ed.): *Sociological Research methods. An introduction*, London, MacMillan, 1987, pp. 162 y ss.

en sus más recientes muestras en una supuesta línea pos-marxista equivalgan o sustituyan el grado de convergencia que aquí se promueve³¹.

Tal programa tendría que señalar de forma clara al menos *tres niveles o campos* en los que ordenar una explicación del funcionamiento de los grupos humanos y de su evolución. El primero de ellos sería el de las *relaciones ecológicas*, o sea, el de las *relaciones hombre/naturaleza*; el segundo el de las *relaciones sociales*; el tercero, el de las *relaciones de lenguaje y de símbolos (comunicativas)*. De manera breve, pueden hacerse algunas consideraciones sobre el contenido concreto de esos campos de estudio.

Los subconjuntos de relaciones *ecológicas, sociales y lingüístico-simbólicas* pueden presentarse a efectos operativos en un cierto orden de precedencia que no refleje una ordenación lógica. ¿Cuáles son los niveles primarios de realidad de la sociedad global?. Parece como si el entramado de relaciones que define una estructura social fuese el más fácil de captar y describir en principio y, a partir de ahí, de ser explicado sistemáticamente. La sociedad capitalista, que es la realidad de la que hemos de partir, se define por las relaciones de mercado que, a su vez, implican una organización del trabajo, unas situaciones de dominio y estructura de la propiedad, una división socioprofesional de la población y, en definitiva, unas situaciones de clase³². Es evidente que el final de ese trayecto de explicación socio-histórica sería la instancia de la organización política de las sociedades.

Ni que decir tiene que el complejo de las relaciones sociales constituye un primer gran campo en el que mover esa explicación genética que nos haría retroceder en el tiempo para encontrar las raíces de los sistemas como, por ejemplo, el capitalista industrial, el liberal-parlamentario, la familia nuclear, las instituciones de gobierno o el del salariado, etc., en un enfoque múltiple y pluridisciplinar que enriquecería extraordinariamente el conocimiento sistemático de la realidad presente.

Si es que el proceso lógico no impone otro orden, el segundo gran sistema a explorar es el de la *relación hombre-naturaleza*. No parece preciso insistir en que todos los aspectos del sistema ecológico en que se establece la ubicación de los grupos humanos han sido ignorados de forma casi total por la Historiografía tradicional, prácticamente hasta las empresas históricas de la escuela de *Annales* y en particular de los estudios sobre el clima en los que

31 Ver una ilustración breve de los afanes de la Sociología Histórica en L. PARAMIO: "Defensa e Ilustración de la sociología histórica", en *Zona Abierta*, Madrid, 38, enero-marzo, 1986, pp. 1-18. Y una revisión de más amplio espectro teórico sobre la problemática conjunta de la investigación y conceptualización social-histórica en M.A. CAINZOS: "Clase, acción y estructura: de E.P. Thompson al posmarxismo", en *Zona Abierta*, Madrid, 50, enero-marzo, 1989, pp. 1-69. Es interesante, por ejemplo, ver en este texto lo dicho sobre la conceptualización de estructura y compararlo con las breves puntualizaciones que hacemos sobre ello páginas arriba de nuestro estudio.

32 Cfr. S. GINER: *Avatares de la sociedad civil*, en *Arbor*, Madrid, CXXVI, 494, febrero 1987, pp. 9-49.

fue pionero E. Le Roy Ladurie, de los que, inútil es decirlo, se han derivado también importantes posiciones metodológicas pertinentes a nuestro objeto³³. En cierto modo, ese es el campo recorrido por la Geografía Humana, por ciertas especializaciones de la Economía, de la Sociología y aun de la Biología.

La Historia de los grupos humanos en relación con su medio es algo que la explicación histórica tiene que recuperar sin invadir el campo de otras ciencias. Pero aquí las relaciones con ellas desbordan ya el mero apoyo privilegiado de la Sociología. Tal vez, en sentido lógico, sería este el primer aspecto de la existencia de los grupos humanos que habría de abordarse para explicar el contexto social (empezando por aspectos propiamente demográficos). Sin embargo, los problemas del medio ecológico, en las formas de la civilización urbana en las que hoy nos desenvolvemos, no parece que sean la realidad más "dada", la captada de forma más inmediata, sino el producto de la concienciación por obra de movimientos sociales que adquieren cada día más fuerza. Por ello proponemos que su tratamiento sea sólo consiguiente, o simultáneo, al de las relaciones sociales.

Por último, las *relaciones comunicativas* interpersonales e intergrupales a través del lenguaje, el mundo simbólico, la interacción intelectual, el mundo de representaciones en que el hombre está inmerso, es el más delicado y el más difícil campo de explicación para la Historiografía tradicional y para un proyecto de HR. Aun si el estudio de la lengua propiamente cae fuera del campo posible, el estudio de los sistemas de conocimiento, desde los mitos a la ciencia, del arte, de la religión, de los ritos y las pautas culturales, es el final de este camino de búsqueda de raíces históricas a la vida vivida.

Las grandes coordenadas que constituyen las *relaciones sociales*, las *relaciones ecológicas*, las *relaciones comunicativas*, en cuyo seno desarrollamos nuestra humanidad, como proceso construido históricamente, son los supuestos epistémicos de los que me parece que debe partir una investigación histórico-sociológica del presente social. Proponer tal objetivo llevaría aparejada una conjunción urgente de propuestas científicas que teniendo evidentes paralelismos epistemológicos viven de espaldas en lo disciplinar. Necesitaría un indudable esfuerzo de programación y un talante verdaderamente innovador.

Desde el punto de vista epistémico una investigación sistemática, *modo sociológico*, de una supuesta sociedad inmóvil no puede hacer avanzar hoy ni un ápice no ya la ciencia social, sino menos aún, la "ingeniería" social. Introducir en las propuestas teóricas explicativas de los fenómenos sociales la realidad insoslayable de la movilidad es esencial. Y ese es el papel del método historiográfico.

33 Cfr. al efecto, E. LE ROY LADURIE: *Le territoire de l'historien*, Paris, Gallimard, 1973, recopilación de escritos del autor de carácter metodológico, donde no todo tiene el mismo valor.